

Consagrada á propagar la devoción de San Antonio de Padua, y á anotar los progresos de las dos piadosas instituciones establecidas en esta ciudad, á saber: de la «Pia Unión de San Antonio» y el «Pan de los Pobres de San Antonio.»

“BOLETIN ANTONIANO”

Tarija, Nbre. 30 de 1897.

Resignación impia.

No te santigües por tu vida, ni me vengas con sustos y espavientos, amigo lector, al fijar tus ojos en las dos palabras que acabo de escribir al frente de este artículo. A nadie talvez se le ocurrió jamás unir y emparejar cosas al parecer tan opuestas y distantes como son la impiedad y la resignación; nuestro siglo, empero, que en eso de ofrecer raras monstruosidades temo vá á llevarse la palma entre todos los demás siglos sus hermanos, nos las presenta muy á menudo.

Los atribulados tiempos que atravesamos tienen en medio de sus muchos inconvenientes una ventaja inapreciable: la de prestarse á curiosas observaciones. Pero bien. Ni á mi, ni á tí, lector benignísimo, quiero se nos caiga en saco roto una observación del día, que podrá ser tan rara como se quiera, pero está llena de profundas enseñanzas.

Ante el espectáculo de desolación religiosa y de corrupción moral que devasta el mundo moderno, ante las ruinas de todo género con que el infierno vá señalando su huella sobre la tierra, ante las iniquidades sin fin de que es víctima la Iglesia de Dios, hay ¿quién lo duda? multitud de corazones roídos, devorados por el dolor mas intenso, que preferirían mil veces la muerte de sus cuerpos á esa incesante profanación de

lo que mas aman, y se resignarían gustosos á la enfermedad mas cruel antes que sufrir las amarguras de estalenta agonía. La Iglesia de Dios tiene aun mártires, pues sin contar los que por ella exponen en público su existencia, cuenta infinitos hijos suyos que por ella derraman sangre del corazón y que lo llevan á todas horas herido, desgarrado, despedazado por interiores martirios. Bendiga Dios á esas víctimas obscuras y desconocidas, cuyos soledades sufrimientos serán tal vez la parte mas noble de la expiación que ha de merecernos el perdón y la misericordia!

Hay otros empero, ¡dichosas gentes! que con ser católicos (á lo menos así lo creen ellos), con amar á Dios (á lo menos así lo dicen), con detestar de todo corazón las causas de tan tristes calamidades, viven, no obstante, como si Dios, la religión, la moral pública, los ministros del altar les fuesen la cosa mas indiferente del mundo; la historia de los atropellos continuos con que se vejaba al Catolicismo, leenla cada día en los periódicos como si se tratase de sucesos que ocurren allá en la China, ó entre los sectarios del islamismo. Esta buena gente suele andar así, algo escasilla de ciertas virtudes; tiene, empero, una que basta por todas, y con la cual se la campan tan holgadamente: es la resignación. Son gente que sabe resignarse muy fácilmente á todo lo que acontece, tratándose de Religión (se entiende), que en cuanto á lo demás del mundo pierden los estribos al momento, y fuera capaz ¡vive Dios! de romperle los cascos por un quitame allá esas pajas, al mismisi-

mo lucero del alba que al frente se le pusiese. Oigamos á uno de los tales resignados, dejando que así propio se retrate:

«Yo, señor mío, ya lo vé V., no soy impio, ni blasfemo, no apaleo curas, ni derribo templos, ni he tomado parte jamás en hazañas de este jaez. Soy hombre de bien, ni me meto con nadie, á mis negocios me atengo, y entre el *debe* y el *haber* de mis libros vivo continuamente atareado. Pero, amigo mío, tampoco me gusta esta desesperación, este lloriqueo continuo de ciertos católicos que nos aturden á todas horas y revuelven mares y tierra por cualquier grano de anís que salga á molestar sus sentimientos religiosos. ¿No es nada el lenguaje de sus periódicos? ¿No se diría al oírlos á ellos que tocamos ya al fin del mundo? ¡Diríase qué son ellos solos los que tienen Religión! Pues, señor, tambien acá la tenemos como cada hijo de vecino, pero sabemos *resignarnos* algo mas á las circunstancias. Es preciso vivir con el tiempo y darle lo que es suyo. Quien se empeña en oponerse de frente á la corriente desbordada sera arrastrado por élla. Vale mas sentarse tranquilamente á la orilla y dejarla pasar. ¿Que no podemos ir á la Iglesia? Sensible es, pero al fin, cuando no se puede no hay obligación. ¿Qué se blasfema á todas horas el nombre santísimo de Dios? Es un escándalo, pero quien vá á hacer caso de frioleras?... al fin cada uno es señor de su lengua. ¿Que el periódico que yo leo sostiene cada día una guerra inicua de calumnias contra los ministros de Dios? No me gusta, francamente, pero ¿que-

reis que me tengan por intolera-
nte si dejo la subscripción? El profesor que enseña á mis hijos es ateo bravo, y peligran las creencias del que le oye dis-
paratar todos los días; pero es necesario resignarse, hay que darles una carrera y no singularizarse. Los hombres de bien en estos tiempos hemos de tomar paciencia, y no chocar ni indisponernos con nadie. Es indispensable evitar las exageraciones y acomodarse un poquito. El junco se doblega cuando le acomete el torrente, y vuelve á levantarse entero después de la avenida. El árbol presuntuoso que quiere resistir se ve arrancado de cuajo y arastrado al mar. Resignémonos; tras un tiempo viene otro.»

¡Envidiable resignación! ¡Heróica conformidad la de ese ciudadano católico, honrado, fiel, que ha logrado vencerse á sí propio hasta el punto de que ya apenas le conmueve lo que á los demás trae desesperados! Yo te admiro, bienaventurado mortal, y te declaro un santo de nuestro siglo, mayor que cuantos Santos han ilustrado los siglos todos del cristianismo. Hasta ahora habíamos admirado á aquellos pobretones, fanáticos, intransigentes y testarudos de los tiempos de Neron y Diocleciano que por no resignarse al ultraje de su fé habían muerto valerosamente entre tormentos en defensa de ella. Lorenzo asado en parrillas, Sebastian atravesado á flechazos, Eulalia puesta en cruz, Inés despedazada á azotes, Vicente despellado con planchas ardientes, toda esa multitud innumerable de hombres, mujeres y niños que con el *¡soy cristiano!* en los labios resistieron durante trescientos años á todos los poderes humanos, ¡infelices! eran unos pobres tontos fanatizados por algun cura ignoranton, ó quizá por el mismo Cristo que les había dicho: *No temais á los que solo pueden matar el cuerpo y despues nada mas pueden hacer.* ¡Pobres atrasados! ¡Vivieran en nues-

tros tiempos, y uno de nuestros flamantes apóstoles de la ilustración y del progreso les enseñara á ser resignados y sufridos, es decir, hablando en plata, a resignarse a todo para no sufrir nada por su alma ni por su Dios!

Ciertos católicos de hoy les hubieran enseñado á no quejarse ni siquiera á entristecerse por por cuanto se haga ó se diga contra el Catolicismo. ¡Tan heroica es su resignación! Antes les hubieran probado con obras y razones que, si es una lástima que decaiga el culto por falta de recursos, no por esto se ha de permitir que decaiga el boato de mi casa, aunque sean necesarios algunos sacrificios; que si es doloroso ver hambrientas las monjas, y mendigando á los sacerdotes, no es regular escasear á una bailarina impúdica una demostración de entusiasmo el día de su beneficio; que si las circunstancias obligan á prescindir de ir á Misa, todavia no está tan alterado el orden que haya dejado de funcionar la empresa del teatro, y, amiguito mio, primero es una cosa que otra; que si están paralizados los intereses altísimos de la moral, es un consuelo, sin embargo, que aun no se haya paralizado el comercio, porque los duelos con pan son mneos; en fin, que es lástima, si, señor, viva lástima que sufra la Religión, pero que fuera lástima peor exponerse á algún grave riesgo por ella, y ponerse mal humorado, y privarse de diversiones, y hacer del mogigato, poniéndose en ridículo ante la sociedad.

¡Resignación impía! Según esto, amigo mio, si enferma de gravedad vuestra madre, y si os ve á vos en el palco, mientras ella se acaba en el estertor de su agonía, no diremos, no, que seáis un mal hijo... no...; diremos sólo que sois un hijo resignado, un corazón heroico.

Y si tuvieseis cautiva de bandidos á vuestra esposa, y pudierais hacer algo por ella con vuestro dinero ó con vuestra in-

fluencia, y no obstante no lo hiciereis, antes os pasaseis tan divertido en su ausencia como en su compañía, mientras ella gime aherrrojada, y tal vez afrentada, no os llamariamos malesposos, no, ¡librenos Dios! os llamariamos un esposo modelo modelo, un esposo resignado.

Y si ardiese por sus cuatro costados la casa de vuestro vecino, y acudiendo todos á auxiliarle, no os movieseis vos de vuestro sofá, sólo por temor de que se os ajase el planchado de vuestra camisa, ó bien os chamuscase una chispa del incendio un pelo de vuestra patilla, oh! no os tendríamos por mal vecino, sino por un hombre de bien que sabe resignarse, cuando los demás no saben mas que desesperarse.

Es verdad que esta *resignación* de que blasonáis, esta facilidad de transigir, y de acomodaros, y de condescender con todo el mundo, ese buen natural, ese buen temple, ese deseo de no descontentar y singularizaros, y de no oponeros á la corriente, no soléis manifestarlo en otras ocasiones. Vuestra resignación sólo se resigna fácilmente á lo que toca á los intereses de Dios. Si os ponen fuego á la casa, ú os talan la hacienda, ú os saquean el almacén, ú os apalean las espaldas, ó simplemente se mofan de vuestras narices, no sabéis llevarlo con paciencia. No os consolará entonces el que os digan: «Hombre, valor, es necesario acomodarse á las circunstancias y vivir con el tiempo.» «Al diablo vos con el tiempo y las circunstancias, me responderéis. ¿Pensáis acaso que soy insensible, y que no amo lo mio para que no sienta tamañas calamidades?»

¡Pobrecito! La verdadera resignación cristiana es hija del amor de Dios, que hace sufrirlo todo, hasta la muerte, por respeto á su voluntad santísima. Vuestra resignación impía es hija de la indiferencia y del olvido de Dios, y os aconseja pasar por todo antes que le falte na-

da á vuestra conveniencia. La resignación cristiana, es la virtud de los fuertes, vuestra resignación impía es síntoma mortal de vuestra cobardía. No lloreis, no, amigo mío, no lloreis ni os apesadumbréis, ni os toméis pena por cuanto acontezca, mientras tengáis blanda cama en que reposar, opipara mesa á que sentaros, diversiones y placeres con que entretener las horas y matar el mal humor. No os impongáis ningún sacrificio, ni os toméis ninguna mortificación, ni os deis ningún mal rato. Seguid escandalizando á las almas creyentes y fervorosas con el espectáculo de vuestra vida gentil en medio de las aflicciones del Catolicismo. Disfrutad de la vida, reid con los que rien, nosotros lloraremos con los que lloran. Mas al llegar al humbral espantoso de la eternidad, cuando en aquella su pavorosa entrada os encontrareis con el rostro airado y justiciero de Aquel que vá á exigir os severísima cuenta de vuestros actos, temed no os dejéis aterrado con aquella sentencia que fulminó ya en su Evangelio: *¡El que no está conmigo está contra Mí!!!*

F. S. y S.



8 Diciembre

Solemnidad de la Inmaculada Concepción de María Patrona, bajo este singular Misterio, de las tres órdenes de San Francisco.

A MARIA INMACULADA

AVE MARIS STELLA.

Ave divina
del mar estrella

Reina escogida
de cielo y tierra,
cándido lirio
nivea azucena
nitida rosa
pura violeta.

De Dios humano
Madre doncella,
toda graciosa,
toda perfecta,
en quien se agrada
Dios y deleita.

Áve del cielo,
dichosa puerta
á los mortales
franca y abierta;
por tí hallan gracia
y al edén entran
los que te acogen
por medianera.

Féltz en Áve
trocando el Eva
Gabriel te aclama
de gracia llena...
¡Oh Virgen cándida
alba serena
que de la culpa
sombros destierras!

Fiel tortolilla
pura y sincera,
cuya voz dulce
á Dios recrea,
y cuanto amante
plácida suena
huye el invierno
prados verdean,
abren las flores,
brotan las tierras
vides frondosas
que el aura inciensan.

Iris ansiado
que el rayo alejas
de la justísima
airada diestra;
pues eres faro
del que se anega
y protectora
de la inocencia;
segura playa
do jamás llegan
de las pasiones
olas lunestas;
en paz nos funda,
gracia nos presta
porque logremos
calma perpetua.

Ave esplendente
luna sin mengua,
concha preciada
de Cristo perla;
Toda dulzura
toda clemencia
álzate y míranos,
ven con presteza,
grillos quebranta
rompe cadenas,
libra al reo misero
que gime en ellas,
disipa fúlgida
del error nieblas
porque hallen lumbre
las almas ciegas

Todos los males

piadosa ahuyenta,
los bienes todos
por Tí nos vengas.

Áve escogida
Sin par Princesa
que al Rey encantas
con tu belleza.

De estos tus hijos
Madre te muestra,
pues de benigna
tanto te precias;
y aquel que humano
de Tí naciera
por remediarnos
llanto y miseria,
por Tí reciba
las preces nuestras.

¡Oh entre millares
Virgen electa,
mansa y humilde,
pura y modesta
límpido espejo
donde refleja
sus rayos puros
la luz inmensa.

Has que siguiendo
tan claras huellas
tu amor gozemos
del cielo en prenda!

Y cuando el alma
vuele á Dios suelta
Dejando el triste
valle de penas,
por Tí amorosos
tus siervos vean
al sol eterno
que el cielo alegra.

Gloria á Dios Padre
la turba angélica
cante, y al Hijo
que el Padre enjendra,
y al que de ambos
procede, eterna,
justa alabanza
por siempre sea.

Sor Emilia de S. Juan Bautista.

CRÓNICA LOCAL.

EL PAN DE SAN ANTONIO.—

Las Arcas de la divina Providencia representadas por los Cepillos del "Pan de San Antonio" de esta localidad, en todo el mes de Noviembre han dado para los pobres un total de Bs. 155—20 centavos.

SENTENCIAS SOBRE EL DEBER DE LA LIMOSNA.

"No faltarán pobres, dice el Señor, en la tierra de tu habitación; por lo cual te ordeno habrás tu mano en favor del hermano necesitado y pobre. [Deut. XV].—"Quien tenga dos túnicas, dé una á quien no tiene.

Lo que os sobre dadlo de limosna. (Luc: III y VI.)—“Lo superfluo de los ricos, representa lo indispensable del pobre; cuando de lo superfluo se dispone, es como si se dispusiere de bienes ajenos. (San Agus.)—“No es mayor crimen, quitar á uno lo que tiene, que negárselo, cuando sobra, al que no tiene. (S. Ambrs.)—“Si muere el pobre de necesidad, y no le has socorrido, fuiste tú su asesino. (id.)—“¿Gastas en superfluidades? Oye el grito de los pobres que te dicen: Nuestro es eso que derochas; á nosotros se roba esto que tu malgastas. [S. Juan Crisost.]”

GRACIAS Y FAVORES RECIBIDOS POR LA INTERCESION DE SAN ANTONIO.

En diez papeletas de acción de gracias que hallamos depositadas en el respectivo Cepillo, se notan recibidos los favores siguientes:

—Tres enfermos de gravedad reconocen su alivio de la mediación del Santo á quien invocaron y pagaron fielmente lo prometido.

—Un devoto del Santo sale triunfante de una deshonrosa calumnia que le habian levantado, por lo que dá gracias á su celestial abogado y la limosna prometida.

—Tres personas atribuyen al valimiento de S. Antonio, á quien invocaron, el buen éxito alcanzado en ciertos difíciles negocios y asuntos temporales.

—Unas llaves perdidas han sido halladas por su dueño de un modo maravilloso despues de haber invocado y prometido al Santo una limosna por sus pobres.

—Debido á las incensantes súplicas y frecuentes limosnas de las piadosas madres, dos hijos sehan visto reformados en sus costumbres por la intercesión del Santo Taumaturgo.

—Sabemos por cartas recibidas de Sucre y de la provincia de Cinti, cuyos pormenores omitimos por brevedad, que dos personas notables han sido fa-

vorecidas por el Santo con gracias singularísimas por las que agradecidos cumplieron con sus promesas.

—“LA ESTRELLA DE TARIJA.”—

Ha emprendido su ilustrado Redactor doctor don Tomás O'Connor d'Ariach, una tarea tan digna de la sangre que circula en sus venas, como de los nobilísimos sentimientos de acendrado catolicismo que mama á los pechos de su muy ilustre y caritativa madre.

Enriquecido por Dios de dotes intelectuales no comunes, y de dones de gentes y de acierto, se vale de estos y de aquellas con admirable maestria, ya para refutar errores y herejias, ya para obligar á que callen los blasfemos, y ya, por fin, para rendir á los renegados y volverlos sobre sus pasos.

Destruid los errores y amad á los hermanos, es el lema pre dilecto del nítido y patético, á la vez que elegante y erudito escritor.

Lo congratulamos cordialmente.

Nuevo periódico.—El 17 del expirante mes, publicó la «Unión Católica» de nuestra amada Tarija, el primer número del nuevo periódico semanal «El Lábaro» á quien saludamos con religioso entusiasmo deseando le larga vida, nobles triunfos, y laureles de gloria.

El personal componente de esta asociación ó su Directorio, y el cuerpo de Redacción del periódico que anunciamos, es todo lo mejor, y lo mas selecto de nuestra católica sociedad. La grandeza de ánimo y la nobleza de sentimientos religiosos y patrióticos de aquellos; la ciencia práctica y especulativa, social y política de estos, y la literatura y el lenguaje divino de las musas de otros, ¿qué otra cosa son sinó una prueba elocuente de cuanto acabamos de afirmar?

Lo recomendamos á nuestros lectores.

CRÓNICA EXTRANJERA

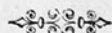
SAN ANTONIO Y LA CATÁSTROFE DEL BAZAR EN PARÍS.

El jueves 6 de Mayo último dos Padres de nuestra orden visitaban en aquella capital á una señora gravemente enferma á causa de las quemaduras en la catástrofe de que tienen noticia nuestros lectores, y de la cual juntamente con una hermana suya pudo salvarse. Esta hermana que salió ilesa, hizo á los mencionados Padres la siguiente relación.

«El martes á las cuatro de la tarde, en la fuerza del siniestro, me encontraba lejos de las puertas de salida. Los lamentos, ayes, gritos y agitación confusa y general, me causaron de pronto un grande estupor. Vi á mi hermana huir con los vestidos inflamados flotando llamas en pos de ella; vi un grupo de señoras lanzarse hacia la duquesa de Alençon, que la oprimían en la salida; vi las llamas que percutían el pecho y serpenteaban, dividían y encrespaban con él, repentinamente por abrirse paso, y á pesar de la desgracia, y del temor contemplé un instante tan horrible espectáculo: pero, de pronto, el instinto de propia conservación se apoderó de mí y me reanima. ¿Como huir? Delante de cada puerta, montones de cuerpos en desesperada confusión, se agrupaban con esfuerzo en medio de un torbellino de llamas. Pensé invocar á S. Antonio. Buen Santo, le dije, hace cinco años que rehusas concederme lo que te pido. Hoy, sin embargo, espero que me has de oír y salvar. Le hice una promesa y voto reservado me signo y corro hacia la barerra humana invocando al Santo. Después de algunos esfuerzos inútiles me encontré entre los muertos y muribundos.

Algunos minutos después, los nobles y heroicos hombres del salvamento remueven y rebuscan en el horripilante monton, que se elevaba detrás de una puerta. Muchas personas habian caído sobre la señorita de Hennecourt, y sus cuerpos estaban en parte carbonizados. Los del salvamento q' habian registrado y removido aquella masa humana, se retiraban ya desconsolados, cuando uno de ellos ve una mano, corre, la toma, encuentra la otra, tira de ambas manos y saca de aquel triste hosiario á la señorita de Hennecourt que no habia sufrido quemadura ni arañazo alguno. Nuestros Padres y hermanos eran recibidos en el jueves siguiente, por la señorita referida que vestía el mismo vestido y traje que llevó al Bazar de la Caridad, el día de la desgracia. El vestido no representaba la mas leve señal de quemadura; tan solamente los extremos de las mangas tenían ligeramente deteriorados los adornos, y esto á causa del roce y esfuerzos que se hicieron en el salvamento. S. Antonio habia pagado á la señorita de Hennecourt la deuda de una devoción de cinco años.»

(De «El Eco Franciscano.»)



“Boletín Antoniano”

SUSCRICION (pago adelantado)

Por un año	60 Cvts.
id id mes	05 «
Número atrasado	10 «

Las suscripciones se reciben en la «Botica Americana» de las señoras Prieto.—Calle Santa Barbara y Matriz.

Imprenta de «El Trabajo»

